

del mar Adriático, que vuelva inmediatamente al puerto (casi todos los oficiales y marineros de esta escuadra eran venecianos). Mientras este tiempo, el abogado *Avesani*, seguido de las autoridades municipales, y de los gefes de la guardia nacional, obliga al gobernador civil Palfy á ceder sus poderes al general Zichy, comandante de la plaza, é intima en seguida á este mismo Zichy, le entregue inmediatamente la plaza.

¿Quién lo hubiera creído! Este último, poseído de espanto, oyendo rujir la sedicion en su puerta, capitula al cabo de dos horas. La guarnicion evacua la ciudad. Manin, y Tomaseo se apoderan del poder supremo, y la noche misma del 22 fué proclamada la República (1).

¿Cuántos acontecimientos, golpes sobre golpes!

¿Y qué hacia la antigua ciudad de Rómulo y de César? Continuaba en escandalizar la Europa católica. Se habia querido refugiar al convento de los jesuitas, un predicador que se habia atrevido á decir, que *el templo del Señor, no debia ser considerado como una sinagoga*; los bandidos se arrojaron á él; y el orador cristiano habia debido su salvacion á una especie de milagro.

Eran ya los últimos dias de Marzo de 1848.

Una tarde, el príncipe de Piombino, que mandaba uno de los batallones de la guardia cívica, recibió la consigna de velar por la seguridad de los establecimientos religiosos, que se aseguraba debía ser amenazada en la misma noche: transmitió la orden al marqués Patrizzi, gefe de la legion, y valiente militar.

—“Que se toque llamada.”—Dijo.

Clamores de indignacion le respondieron. Se gritó, que semejante medida no podia prescribirse sino por un enemigo del gobierno, y un partidario de los jesuitas, que el Papa lo ignoraba, y que Patrizzi era un traidor.

En lugar de tocar llamada, se tocó generala.

La guardia nacional estaba acuartelada bajo los muros del convento que peligraba; pero una parte de sus soldados, en lugar de oponerse á las declamaciones furibundas del populacho, juntó sus clamores sangui-

(1) Si la orden dada por M. Martini hubiese llegado á su destino, Venecia tenia fuerzas considerables; pero el nuevo gobierno habia confiado dicha orden al piróscrafo austriaco que llevaba al gobernador Palfy y á todas las autoridades arrojadas de la ciudad. Este piróscrafo, interceptó el despacho, y la escuadra no tuvo conocimiento alguno. El Austria, que tenia antes todo el poder de los buques, dió á los oficiales y marineros que iban á bordo la eleccion de servir ó irse: la mayor parte se retiró. Los venecianos se sorprendieron de tal suerte con la victoria de Manin, que la atribuyeron á un milagro; y toda la gloria se dió á la Madona, que se paseó en triunfo. Palfy, gobernador civil, castigado por su gobierno, fué privado para siempre de su empleo; y Zichy fué condenado á diez años de detencion. El general Martini, amigo del príncipe Schwartzberg, es en este momento ministro de Austria en Nápoles.

narios. Se llama violentamente á las puertas. La ironía se mezcla á las amenazas. Se canta el *Miserere*.

—“¡Mortajas! ¡Abrid las fosas! gritan las voces roncadas por fuera; y allí, en medio de las tinieblas, blandiendo á la vez las agudas picas, y resinas inflamadas, instrumentos de asesinato y de incendio, los caníbales con salvaje brillantez de voces, entonan el *De profundis* (1).

¿Quién hubiera pensado, á vista de este horrible espectáculo, que nada se hiciese á los jesuitas? Nada parecia poderlos salvar; nada; excepto un socoro de la Providencia. Este divino socorro llega.

De en medio de la milicia ciudadana, se levantan de repente voces protectoras. Un cambio súbito é imprevisto se opera en ciertas almas; Dios evidentemente está allí. Muchos oficiales ayudados de algunos valientes, se interponen á los verdugos; están resueltos á salvar sus víctimas. Las puertas resistieron á las hachas; el puñal de los hombres del crimen reculó ante la espada de los defensores del orden. Las vociferaciones se calman, el fuego de las antorchas se estinguió, la tempestad se fué alejando y al primer rayo de la aurora el claustro estaba todavía en pié.

Pero la catástrofe no estaba mas que aplazada; los facciosos no conocen freno, y el poder no tiene fuerza.

El padre general de los jesuitas, calmado y resignado, escribió al Santo Padre, para preguntarle si la congregacion debía disolverse y retirarse: Pio IX le hace responder por el cardenal Castracani, que él no pide ni quiere ordenar su espulsion; pero que no contando mas con la milicia ciudadana, está sin medios para defenderlos, y sin fuerzas para salvarlos.

El padre general reúne en el acto su consejo; y en presencia misma del enviado del Papa, se decide, que para prevenir espantosas calamidades, la compañía se disolverá.

En efecto, al dia siguiente los jesuitas dejaron á Roma; y la anarquía, coronada su frente, marchó de triunfo en triunfo.

CAPITULO IV.

GUERRA DE INDEPENDENCIA.—MANIFIESTO DE CARLOS ALBERTO.—PARTIDA DEL EJERCITO PIAMONTES.—PARTIDA DE LAS LEGIONES ROMANAS.

La desorganizacion francesa de Febrero estaba por esta época en sus primeros apoteosis. Las calles de Paris estaban surcadas, como las de Roma, por bandas tumultuosas, paseando sus picas nacionales, sus ban-

(2) Estas fueron las mismas escenas de Nápoles. La imitacion fué perfecta. ¿Qué acuerdo entre los caudillos!

deras tricolores y sus gorros frigios. Las mismas repeticiones, las mismas paradas, y entre tanto la república francesa parecía tener el aire de mofarse á la vez de ella misma y del mundo entero: tanto era lo atroz de su burla. 1848 completaba por el ridículo, la experiencia hecha en 1793 por el terror (1).

Roma no se esforzaba menos á saludar con su entusiasta admiración las farsas revolucionarias de su incitadora. Un nuevo ministerio se habia nombrado.

El cardenal *Antonelli*, presidente del consejo, y de negocios extranjeros.

El abogado *Sturbinette*, de justicia.

Aldobrandini, de guerra.

El abogado *Galetti*, de policía (1).

Este último hizo publicar inmediatamente, que la congregación de Jesús, que habia partido para el destierro, habia sido espulsada por orden del Papa, y todos sus bienes confiscados. Pio IX hizo desmentir á su ministro. Inútil acto de valor.

Entonces como un nuevo rayo, se levantaron inmensos clamores; la voz de la *Jóven Italia* retumbó en todas partes: *¡A las armas, á las armas, gritaban!*

“*Emancipar la Italia de la dominación extranjera,*” se habia hecho el pensamiento de fuego, que corriendo de campanario en campanario, despierta, electriza, abrasa; “*A las armas,* repetían todos los órganos de la prensa, con un entusiasmo unánime. *A las armas,* repiten los pueblos enteros, con trasportes inauditos.”

Cárlos Alberto, á vista de estas grandes manifestaciones, y dominado por las apremiantes sollicitaciones de todos los gefes de las sociedades secretas, pone en fin mano á su espada. No mira mas como un sueño la corona de Lombardia. Una gran Cruzada se predica; el Piamonte, hasta allí en perfecta armonía con Viena, el Piamonte, que nadie ataca, y que por consecuencia no tenia derecho á atacar á persona alguna, se declara contra el Austria: se coloca á la cabeza de los levantamientos de la península. Turin se subleva por la unidad italiana, y es, segun dice, *la estrella de los magos* conduciendo á la redención. Al redoble de los tambores y los ruidos de la guerra, una efervescencia inimaginable, un irresistible delirio se estiende de provincia en provincia; grandes y

(1) Y sin embargo, Causioliere decia á los 43 comisarios del gobierno de entonces: “Incendiarémos á todo Paris, y no dejarémos piedra sobre piedra.” (Informe de la comisión de instrucción: t. I pág. 357. Asamblea nacional de 26 de Junio de 1850.)

(2) De hacienda era el obispo Morichini. De instrucción pública, el cardenal Mezzofante. Pasolini de comercio y Minghetti, de trabajos públicos.

pequeños, ricos y pobres, todos quieren armarse, todos quieren combatir; la Italia entera se subleva.

¡Ay! Sin duda habia entonces, en esta exaltación nacional, un patriotismo sincero. Hay allí generosos sentimientos y adhesiones admirables; pero allí tambien, engañados bajo prestigiosas promesas y sublimes esteriores, habia los lazos mas infames, y las traiciones mas inicuas. Estos grandes preparativos, no fueron por cierto sin razon ni excusa: allí latian nobles corazones, se vieron valientes hechos de armas; pero la revolución estaba allí, allí la *revolucion*, madre de la anarquía, la misma en todas épocas. Hija sangrienta de 1793, triste fatalidad de 1830, odioso delirio de 1848, se apoderaba del movimiento, para torcerlo, envilecer el heroismo y manchar la gloria.

La mezcla impura de la causa antisocial y republicana, á la causa nacional y patriótica, iba á perder la península. ¡Oh, podia ser de otro modo! ¡Del seno de una *heróica Italia*, se habia levantado la *Italia Roja!*

¡Deplorable fatalidad! La revolución de los misioneros del socialismo, se arrojaba allí, como siempre y en todas partes, á través de la libertad. En vano, tomando un hipócrita lenguaje y una máscara, intentaba ocultar su objeto real y su verdadera figura; la careta caía por momentos, y el espectro se dejaba ver, y todo se estremecía á su vista. La hidra anárquica aparecía; el honor cejaba ante ella; la libertad debia perecer.

El rey de Cerdeña habia levantado numerosas tropas, ¿pero se pronuncia claramente por la guerra de la independencia? No: nada en él es positivo. Obedece á su naturaleza, y va de dudas en dudas. Quiere y teme querer; se atreve y se espanta de atreverse.

Nadie comprende justamente sus intenciones y sus deseos. Se corresponde secretamente con el Austria, secretamente con el Papa, secretamente con el rey de Nápoles, secretamente con la *Jóven Italia*; y bajo las murallas de Ancona, el príncipe de Canino decia hablando de él al general Pepé: “*Es de una fe bien dudosa* (1).”

Para todas las opiniones tiene caricias Cárlos Alberto, para todas las determinaciones encuentra temores. Ambiciona las conquistas, y teme las batallas. Su valor es incontestable, y su espada permanece inactiva. Tiene una piedad reconocida, y mira como un peligro sostener la religion. Levanta su frente á la corona, y sus reflexiones la rechazan. En lo ostensible, cada partido lo incensa, pero en secreto todos los partidos le tienen por sospechoso. No es ni monarca ni pueblo, ni creyente

(1) Historia de las revoluciones de Italia por el general Pepé Pág. 201.

ni incrédulo; y ante su púrpura en perspectiva, no tiene ni el derecho ni el hecho: caerá bajo uno y otro.

Lejos de esperar su decision, sus soldados parten antes de la órden; es preciso seguirlos á pesar suyo; Milán acaba de ser evacuada por los austriacos. Esto es hecho: el 23 de Marzo, Cárlos Alberto declara formalmente la guerra al Austria: esclama: "*Arrojemos los bárbaros de Italia;*" y á pesar de eso, la víspera todavía, ordenaba á su ministro de negocios extranjeros, transmitir al representante del Austria en Turin, la espresion de sus sentimientos afectuosos y de sus deseos pacíficos.

El 31 de Marzo, ocupaba á Lodi; habia publicado el manifiesto siguiente: "*¡Italianos! Vengo solo, yo solo, para cumplir la gran obra de la independencia italiana. Bien pronto, nuestra patria será emancipada de la dominacion extranjera. ¡Valientes compatriotas, á las armas!*"

Este grito se oyó desde lejos: tuvo eco en todos los lugares. Cárlos Alberto hizo cortar una porcion de puentes en Lombardia, inundó los llanos, formó barricadas en los caminos, y fortificó hasta las aldeas. Los austriacos se retiraron sobre Verona. La presentacion de los piemonteses fué brillante. El entusiasmo era unánime. Cárlos Alberto, recibiendo diariamente refuerzos de todos los puntos de Italia, iba á marchar de triunfo en triunfo. El enemigo cedaba á medida que él avanzaba, y la Italia se creia salvada.

¡Salvada! pero Mazzini y comparsa no estaban ya á la cabeza del movimiento de la Península. . . . ¿Qué iban á hacer estos destructores, estos hombres mil veces peores que los antiguos bárbaros del Norte, pues que aquellos á lo menos, llevándolo todo á fuego y sangre á su paso, no asolaban *su patria*? Iban á traicionar á sus sostenedores, á estorbar á Cárlos Alberto y perderlo. Mientras que el rey piemontés, repeliendo á los austriacos, creia ganar por sus hazañas la corona de Lombardia, los revolucionarios, en recompensa, iban á sublevarle á Milán, predicando la república.

Mas tarde, el discípulo querido de Mazzini, el general Ramorino, soñará solo en proclamar la república en Génova, en lugar de emancipar la Italia en *Novara*.

En todas partes las mismas perfidias. Mientras que el rey de las Dos Sicilias guía sus soldados á la Cruzada italiana, Mazzini, por medio de sus agentes secretos, le mandará la *gran insurreccion de Nápoles*.

Así de seguida, Roma, Florencia, Parma, Módena y en todas partes, Mazzini quiere por apoyo á los príncipes; ¡pero, desgraciados aquellos á quienes llama!

Florencia y Nápoles habian enviado sus contingentes al ejército piemontés. Roma tambien preparaba sus tropas. Suscripciones públicas habian tenido lugar, para subvenir á los gastos de la guerra. Colectores colocados en las plazas públicas, recibian las ofrendas de los patriotas. Se va en tropel á casa de los ministros de Turin y de Florencia, y se les ve fraternizar con ellos; en cuanto al ministro austriaco, es insultado públicamente.

Los diarios se llenan de llamamientos á la adhesion nacional. Un tropel de combatientes corren bajo la bandera de la nueva cruzada: ¡pero cuántos aventureros entre ellos! Los unos son antiguos militares, condenados y proscritos no há mucho; otros son, especie de bandidos que no han usado jamas sino el puñal, y heridos por sentencias infamantes. Esta escoria del género humano se distribuye por sí misma sus grados; quién será oficial, capitán, coronel, y general. El homónimo ministro *Galetti, el leon de los droguceros* de Roma, *Galetti*, por mal nombre, *Cajon de pimienta*, se dará el título mas elevado. Se quiere servir, es verdad; pero se quiere ante todo mandar.

Esta peste ambulante, está á punto de partir; forma dos legiones llamadas *Romanas*. Del grande, ex-coronel de la guardia nacional, hombre conocido por su inmoralidad profunda, está á la cabeza de la primera (1).

La segunda es mandada por Patrizzi, tonto honrado, y ciego valiente. En vano Pio IX ha querido oponerse á la organizacion de este ejército: en vano ha declarado, que tropas regulares debian ser enviadas por su órden á la frontera, para mantener contra el Austria la integridad del territorio: no se cree ya su palabra, se resiste á su voluntad.

El gran duque de Toscana habia declarado la guerra al Austria; y de Florencia habian ya partido cuatro mil voluntarios, entre los cuales estaba el famoso Montanelli, destinado á revolucionar mas tarde su país. Este profesor de Pisa, se habia mostrado antagonista encarnizado de Guerrazzi, cuando este último habia sido deportado á la isla de Elva, por haber sublevado á Liorna. Estos dos enemigos debian, sin embargo, encontrarse un dia en Florencia, llevando juntos el timon del Estado.

Las legiones romanas se ponen en marcha. Han prometido no penetrar la frontera sin haber recibido la autorizacion del Santo Padre; y para subvenir á las necesidades del Estado, los clubs piden que los bienes del clero sean confiscados y tomados. Cuatro millones de escudos eran necesarios.

M. Rossi, el enviado de Luis Felipe, que habia obtenido la dispersion

(1) Fué acusado públicamente del asesinato de un cultivador, cuya vida era importuna á sus intereses, y en su casa se decidió el asesinato del coronel Freddi.

de los jesuitas en Francia, aconseja á la Iglesia romana, para guardar sus intereses y mantener su influencia, que haga voluntariamente el sacrificio de esta suma. Es adoptado el consejo del diplomático; pero antes que se llegue á su ejecución, los sucesos que hacen presagiar una catástrofe final, iban á envolverlo todo, clero, leyes y gobierno.

Nuevas legiones destinadas á combatir el Austria, se mandan levantar y se organizan: *Viva la independencia italiana*, grita Lord Minto, en pleno teatro, con una voz entusiasta.

La princesa Belgiofosa, la *Dévora* risible de Italia, y Cicero Vachio, el *Massaniello* grotesco de Roma, arengan á las poblaciones (1).

Sterbini, Canino, Gabazzi y otros gefes, pasan bajo los arcos de Tito, y Cautaurino, corriendo la via Apia, y rodean los muros del Capitolio, llevando los gritos de guerra y de independencia.

El bernabita Gabazzi quiso hablar en el Coliseo.

“ ¡ Amigos : (dijo el tribuno á la muchedumbre), las iniciales sagradas de la redencion, INRI, deberán significar desde hoy en adelante : *¡ Italia, Nacion Religiosa, Independencia !* ; Romanos ! De lo alto de estas murallas, cuarenta emperadores, senadores y Brutos, os contemplan.

¡ Caricatura de lo sublime ! Hablaba como en *las Pirámides*, y se creía un Napoleon (2).

Un populacho desenfrenado escolta con banderas y palmas los caudillos de la *Italia Roja*; está terrífica y horrible. Lo mismo que despues de una borrasca desastrosa, aparecen de improviso sobre la superficie de la playa reptiles desconocidos y bestias dañinas, hasta allí escondidas á la tierra; así sucede en las revoluciones sociales, con un pueblo, en que hacen surgir de repente una nueva generacion, tan atroz como inesperada. Recuerdos, historias, monumentos, costumbres, grandezas, tradiciones, todo esto le choca y la molesta. ¡ Ruinas ! ¡ Nada mas que ruinas ! Hé aquí lo que es preciso á esos hombres. Blasfeman de lo que ignoran, corrompen á los que se les aproximan. Nubes sin agua, arrastradas por un huracan de pasiones contrarias, astros errantes, que quemán sin ilu-

(1) Cicero Vachio quedó en Roma: estaba persuadido de que su presencia allí era necesaria para salvar el país. Envió su hijo en su lugar.

(2) En Palma se espresó de una manera mas loca aún, que en el Coliseo.—“ A las armas, hermanos, gritó del balcon del palacio Ducal: que todas vuestras madres, hermanas, y mugeres (textual), se unan á mí para llevaros al campo del honor. Bien sé que los sacerdotes condenan mi lenguaje; pero en verdad os digo, hermanos míos, que los sacerdotes no son en general mas que un ható de haraganes, que no piensan una sola palabra de las que hacen divulgar.”

El padre Gavazzi se dió el título de *gran limosnero* en los cuerpos del ejército de Ferrari, y en el primer momento franco, se escapó, llevándose la caja del regimiento. Gabazzi publicó sobre este asunto en los diarios, la mas estraña de las justificaciones: declaró, que un *balazo de cañon habia de shecho y quemado la susodicha caja*.

minar, árboles de muerte privados de raices, no tienen por fruto mas que cenizas, olas tumultuosas cuya furia estalla como el Océano, y no se complacen mas que en las submersiones; nacieron de la tempestad, son precisos á su vida los estragos.

Nombrado Ferrari general de estas cohortes improvisadas, quiso que Pio IX bendijese sus banderas: el Papa se negó. Ferrari insiste: nuevas negativas inalterables.

No importa: la diputacion que mandó al Quirinal afirma que el gefe de la Iglesia, asociándose de corazon á todas sus valerosas esperanzas, ha orado por sus santas banderas; y seguros de esto, los bandidos dejaron á Roma (1).

Atravesaron los Estados pontificios, llevando el pillaje por todo su paso. En Monteroni quemaron las posadas despues de haberlas devastado. En seguida invadieron una vasta abadía, propiedad del cardenal Ferreti, y la asolaron hasta su remate. Las mismas infamias en Terni, pequeña ciudad episcopal.

Los que intentaban reprimir los desórdenes, eran rechazados y asesinados.

Una noche, los soldados, apagando las luces en sus cuerpos de guardia, robaron á sus oficiales y los mataron: despues, muchos de entre ellos huyeron con su botín, llevándose armas y bagajes. El oficio parecia lucrativo, y las bandas armadas engrosaban cada dia. Para ellos, matar era emancipar, destruir era regenerar.

A lo largo del camino, se habian dado un general de mas; el piomontés *Durando*, les habia parecido digno.

Luego que éste hubo llegado á Ferrara, publicó una orden del dia, en que á despecho de las órdenes de Pio IX, mandaba traspasar la frontera: el Papa hizo oposicion. Antes, en pleno consistorio, el 29 de Abril se habia declarado contra la guerra; una encíclica de 1º de Mayo, confirmando estas disposiciones, prohibia que se atacase al Austria (2).

Al momento, horribles clamores; *Durando* no obedecerá. Roma se subleva indignada. Entre la *Italia Roja* y la Santa Silla, todos los nudos están para siempre rotos.

La estatua santa cae del pedestal revolucionario. Pio IX ha perdido sus prestigios. Nada de aureolas; nada de inciensos; todo se lanza y se rompe á sus piés. Esto es hecho: su pérdida está jurada.

(1) Llegado Ferrari al Adige, se condujo en el ataque del fuerte de la Cavanella, de manera, segun el general Pepé, de ser por lo menos sometido á un consejo de guerra. Sus soldados querian matarlo, y se vió obligado á huir. Esto no impidió que mas tarde el triunvirato romano le nombrase teniente general. (V. Hist. de las rev. de Ital. por el general Pepé, pág. 143,—197.

(2) Su alocucion al consistorio fué publicada en los diarios.